

EL EJEMPLO DE ANDRES VILORIA

Sospecho que a estas fechas Andrés Viloria habrá descolgado sus cuadros en la Sala Provincia, de vuelta, otra vez, hacia las soledades ponferradinas. Y que los periódicos y las radios de León -que no llegan hasta donde escribo esta «postal»- se estarán ocupando ahora de nuevos pintores, de nuevos asuntos. Mejor. Estas son unas líneas que no aspiran a la actualidad, y menos cuando están referidas a un personaje, si no desdeñoso, sí indiferente hacia la aventura que sea sólo de un día. Viloria, me corre prisa decirlo, es un puro creador ejemplar que nos pone colorados a quienes alguna que otra vez caemos en la vanidad de ser aplaudidos. A él le basta la gratificación esencial del arte. Anda poco por cenáculos, pero trabaja mucho y dolorosamente. Tiene un hablar cauteloso y tímido, salvo si lo «escuchamos» en sus formas y colores. Y no se le conoce el tópico ese de que la provincia o la propia ciudad sean un páramo espiritual, porque no hay sequía posible alrededor de un verdadero artista que mana... Es así, con la aparente (pero sólo aparente) sencillez de lo natural, como se nos puede entregar la obra que los leoneses supieron contemplar en un montaje cronológico, o antológico, o si se quiere biológico. La inicial, pero absolutamente vigente, asombrosa, teoría de Villafranca, una ciudad perdida en el tiempo y recobrada en sus huesos más duraderos. Pintura escueta que pronto va a complicarse y revolverse en el anacoreta; en el torbellino de un carnaval; en la interpretación agigantada, o sea humanista del hombre. Luego, la época de los misterios siderales, de voces nuevas y remotas. Hasta desembocar en esa última -por ahora- pasión que a mí se me representa de la piedra. O mejor del recuerdo de la piedra, materia fundamental de un mundo de señales, de huellas elocuentes... Pero quien sabe si estoy oscureciendo el tema. Y yo no soy crítico de arte.

Antonio PEREIRA